

El que habita en las arenas

Me reflejo entero en el ojo. Es una vista extraña. Conmocionante. El mar viene.

He caminado varios kilómetros hasta llegar acá. En sentido figurado y en sentido real. Empecé leyendo el artículo de la “La Letra Roja”, un periódico de noticias sobrenaturales. La nota cuenta la historia de una playa, en la que habita un inmenso animal que vuela y en vez de una cueva o un nido, vive bajo la arena de cierta playa patagónica, escondida por una barranca, a la que sólo se llega mediante una bajada de escaleras hechas por los pescadores. La historia se pasa de padres a hijos, no la sabe mucha gente más allá de los lugareños. No era muy recordada hasta que hace ocho meses, un hombre dijo haber visto “algo” que se clavó en unos médanos alejados. En ese momento no pudo o no supo dejar las tres corvinas y las dos pescadillas, más la caja y las cañas y caminar los dos o tres mil metros que lo separaban del lugar; la marea estaba subiendo y tenía que salir rápido de ahí. El tipo sacó unas fotos con el celular – publicadas con la nota - para tener referencia del lugar y así encontrarlo nuevamente. Al día siguiente volvió, con su hermano y un amigo. No encontraron nada. Sin embargo, notaron algo muy raro. A la misma hora, un día después, la marea estaba baja. Al volver a la ciudad consultaron los registros y la marea correcta era la baja. La marea alta, que puede verse en las fotografías del teléfono, era un hecho definitivamente anormal. Sin grandes vientos que hubieran podido cambiar drásticamente un hecho natural, solo pudieron concluir que el animal hacía subir la marea para evitar las miradas. Rastrearon un poco los médanos cuando el mar quiso y no encontraron nada. El agua tapa todo y cuando se va, las formas de la arena cambian, la playa es otra después del agua. El hermano del tipo parece que se obsesionó un poco y empezó a volver a la playa hasta que una vez después de tres días, fueron a buscarlo y lo encontraron ahogado.

Fui a una biblioteca, hemeroteca en realidad, y encontré unas pocas referencias en una revista. Durante generaciones se habló del tema. El animal estaba citado junto a Nahuelito, aunque no tenía nombre. Ahí hablaba de muertes por ahogamiento. Y había algo de la marea, aunque no tan definitivo. La referencia era de segunda o tercera mano. Incrementó mis ansias. De alguna manera me afectó. Supe que tenía que venir y vine. En casa puse una excusa y salí para acá. Estacioné el auto al costado de la ruta y, venciendo el vértigo, bajé por la escalera de sogas. La marea había bajado increíblemente. El mar aturdía con su grito unánime, con esa voz que llega de todos y de ningún lado. Caminé zigzagueando por la orilla, tratando de no perder de vista ningún punto de la orilla. Pero cuando a unos quinientos metros distinguí los montículos supe que era él. La arena acumulada era la que salía del pozo donde se metía. Sin embargo, el mar está lejos, pensaba mientras llegaba hasta aquí, se supone que él hacía subir la marea. Y cuando me asomé para ver dentro del pozo entendí por qué no se había cubierto esta vez.

Estaba muerto. Con la última zambullida en la arena cavó su tumba. El mar esconderá el cuerpo para siempre. Esto no está en los libros de biología, pensé. Inmediatamente me fascinó el párpado de la increíble bestia. Es anormalmente grumoso y áspero y su color parece el de la carne quemada. Quizá lo más notable son las pestañas, gruesas como una alfombra y rojas como una rosa. Tan largas como los dedos de un niño. Los colores de la piel que rodea a los párpados van del rosa al verde y del violeta al azul. Creí ver un movimiento en él, así que centré mi atención en el párpado para descubrir la más leve señal. No parecía mover ni el más mínimo músculo. Como esos troncos que de vez en cuando vomita el mar, parecía imposible encontrar signos de vida en él hasta que ese párpado grueso se abrió.